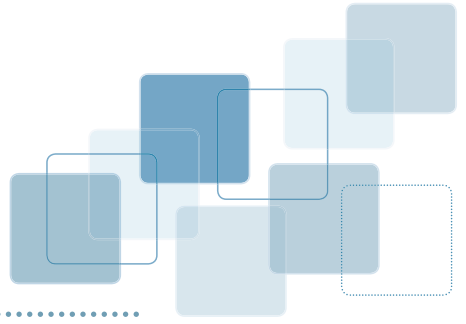




Ilustración 7. Carlos Ariel y Rubén Darío viajaron a Londres. Un encuentro educativo internacional con otros frailes y hermanas de la comunidad los hizo ausentarse un mes del “Santoto”.



VII

EL CAFÉ JUAN VALDEZ

Carlos Ariel y Rubén Darío viajaron a Londres. Un encuentro educativo internacional con otros frailes y hermanas de la comunidad los hizo ausentarse un mes del “Santoto”. Sin embargo, el cumplimiento riguroso del cronograma de la investigación que adelantaban no podía detenerse por nada del mundo, así que, el día anterior al viaje acordaron una cita con los maestros coinvestigadores, definieron con ellos algunas directrices para recoger relatos biográficos. Carlos Ariel y Rubén Darío sabían que si Luis Eduardo quedaba al frente de la investigación, el cronograma se cumpliría a cabalidad. En la Orden de los Dominicos reconocían a Luis Eduardo Pérez como un hombre acucioso, madrugador y muy responsable.

Los tres, se conocieron tiempo atrás cuando solo eran unos jóvenes entusiastas con ganas de ser sacerdotes. Los tres, aunque tenían muchas diferencias profesionales, se las ingeniaban para concertar las decisiones más importantes en beneficio del Colegio Santo Tomás de Aquino. Tenían muchos años de experiencia acumulados en materia educativa, veían con preocupación el divorcio entre lo que los maestros enseñaban en las aulas del “Santoto” y, lo que los estudiantes vivían diariamente por fuera de ellas. Sabían de sobra que el sistema educativo

nacional deambulaba por un lado y la realidad del país caminaba por otro. Todo ello, los condujo a estudiar una Maestría en Educación en la Universidad Santo Tomás de Bogotá.

Luego del primer semestre empezó a rondarles por la cabeza la idea de transformar el quehacer pedagógico del “Santoto”, pensar en una propuesta educativa solidaria con la realidad nacional, con los estudiantes y con los sujetos educativos del colegio. Fue así como una tarde, después de clases, llegaron al café Juan Valdez, Luis Eduardo ordenó un jugo Hit, Carlos Ariel una botella con agua y Rubén Darío un capuchino. Allí decidieron trabajar el tema de lo cotidiano a partir de la siguiente conversación:

—Las relaciones escolares no pueden seguir construyéndose en sentido vertical-descendente sino en sentido horizontal-fraterna — dijo Carlos Ariel, tomó un sorbo de agua y continuó. El acceso a la información, a través de Internet, revela que el secreto de la educación no está en la transmisión del conocimiento, sino en la construcción colectiva de este. El maestro ya no es el único poseedor de la información, ahora debe ser un provocador de la construcción de saberes, a partir de los acontecimientos cotidianos que le dan sentido a la vida de los estudiantes. Desjerarquizar las estructuras escolares implica aceptar la idea de democratizar la escuela, sus procesos y productos finales. Hacer de la escuela una experiencia horizontal-fraterna, en la que las partes no son más importantes que el todo ni que el todo es más importante que las partes, significa colocar en el centro del proceso educativo al aprendizaje, al estudiante y las situaciones diarias con las cuales este construye sus respuestas en la vida.

—Tenemos que aceptar que muchas de las cosas que los estudiantes aprenden en el aula de clases no son necesarias en la vida cotidiana — dijo Luis Eduardo.

—Sí. Los maestros tienen que entender que evaluar no es calificar, de la misma manera que educar no es enseñar. —agregó Rubén Darío mientras mezclaba el café.

—Creo que una de las cosas que la escuela tiene que hacer es romper la supremacía del evaluador sobre el evaluado —afirmó Carlos Ariel.

—La escuela está equivocada —dijo Rubén Darío. Privilegia la forma y no el fondo del proceso educativo. Se preocupa por cosas superficiales y no por lo que realmente es importante. No responde a las necesidades del país ni mucho menos de los estudiantes.

—¡Así es! Privilegia la memoria como un terrible sustituto del pensar —interrumpió Carlos Ariel. Dicen que Estanislao Zuleta abandonó la escuela porque quería educarse, lo que me hace creer que uno va a la escuela a muchas cosas, menos a educarse.

—Creo que uno va a la escuela es a aprender a convivir con los demás —dijo Luis Eduardo. Robert Kiyosaki escribió un texto al que llamó *8 desea ser rico y feliz no vaya a la escuela*, critica la función escolar, porque transmite a sus estudiantes conocimientos para volverlos obsoletos, no privilegia el emprendimiento y reprime al estudiante que se equivoca ¿qué hacer?

—Podemos trabajar nuestra tesis de grado pensando en una manera diferente de realizar el quehacer pedagógico del “Santoto” —acuñó Rubén Darío.

Los frailes quedaron comprometidos. Semanas después escucharon en la clase de Metodología hablar de lo cotidiano como una categoría que tomaba fuerza. No faltó nada, entonces, para quedar convencidos que el tema de su proyecto de grado sería lo cotidiano.

